

UNA EXCURSIÓN A MACHUPICCHO

—CIUDAD ANTIGUA—¹

José Gabriel Cosío

Es monomanía de los que viajan contar sus impresiones, en público, los que escriben, y en privado los otros; así ha dicho un escritor. Y en verdad que, cuando uno que excursiona o viaja encuentra impresiones que merecen anotarse, cuadros que exigen ser descritos y

paisajes dignos de retratarse; parece que contrae con su propia conciencia la obligación de dar a conocer lo que ha visto, mucho más si ello puede ser útil para desentrañar profundos e insondables problemas que permanecen rodeados de misterios y dudas.

¹ Revista del Museo e Instituto Arqueológico No. 19. 1961 Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco.

Tal vez si el pasado primitivo de la América Precolombina, hoy incierto y nebuloso, pueda resolverse en soluciones claras y definitivas, cuando del acervo de las investigaciones oficiales y particulares surja al conjunto del análisis científico la anhelada clave de tantas incertidumbres y contradicciones y aparezcan dominando tan culminante posición los Schielleman, los Botta y los Mariette de este continente.

Los que apenas somos obreros modestísimos, perdidos en el inmenso tráfago de la vida moderna, en la labor intensa de despejar las incógnitas que

“Se cree también que no emplearon la madera para umbrales y otros usos de construcción, cuando en muchas partes como en Torontoy y Machupiccho los hay de este material.”

preceden a nuestra Historia, no tenemos más misión que la de contribuir con modestísimos materiales, toscos, rudos e informes para que los incansables exploradores de los impenetrables mares de la Historia presenten el cuadro hecho, la obra perfecta, el edificio histórico con pórtico y bóveda de verdad.

Cuántas cosas desconocidas, cuántos errores pasados, ante la exigüidad de los datos a la categoría de verdades, se han descubierto y se han salvado, merced a esta clase de investigaciones desde la segunda mitad del siglo XIX, así en el orden de la

organización social, civil y política, como en el material y artístico de los antiguos peruanos.

Merced a los hallazgos hechos en Pachacámac, Chanchan, Chíncha, Tiahuanaco, Choquequirau y últimamente en Machupiccho, han pasado a los rosados campos de la leyenda y del mito, los datos, que nimbados por la aureola del más candoroso optimismo, nos mostraban nuestra pasada historia, como el campo paradisiaco, como la bíblica Tierra de promisión y como la República soñada por el filósofo de los Diálogos, concepto que hoy sólo halagan la vanidad de viejos aficionados que se han quedado con sus estudios y lecturas de hace cincuenta años, o de niños que acarician como un sueño las narraciones pintorescas de sus primeros maestros de la Escuela.

Para muchos sólo son incaicos o preincaicos los monumentos de piedras y sillares inmensos que muestran sus líneas en confusa desigualdad, en la pared de severo y majestuoso aspecto, siendo así que está probado que en el Perú antiguo, como en toda la América, el progreso de las Artes especialmente de la Arquitectura, ha seguido una línea de evolución semejante a la de todos los pueblos; de tal modo que el lujo en la calidad de las construcciones, el material de éstas dependía del objeto a que se las destinaba. El templo, el Palacio de los Emperadores, la residencia de los Curacas y Jefes de grupos, dominaba el resto de los edificios, los superaba por el esmero y majestad de su construcción mientras, que las viviendas de la masa de la población eran rústicas, toscas y hechas con barro y arcilla; así no extraña que junto a edificios de la solidez y magnificencia de unos restos, hallemos otros que no tienen el mismo interés, de lo cual algunos suponen que estos últimos tienen origen colonial, como ocurre con una poblacioncita llamada Pumahuanca que se halla a media legua de Ollantaytambo, siguiendo arriba del riachuelo que baja del nevado y donde hay un grupo de galpones hechos de piedras pequeñas y barro. Se cree

también que no emplearon la madera para umbrales y otros usos de construcción, cuando en muchas partes como en Torontoy y Machupiccho los hay de este material. Se cree y así lo dice, si no me equivoco, Valladar, que en el arte peruano antiguo, al menos en las construcciones, no se conocía o empleaba la línea curva, y en Písac y Machupiccho la encontramos principalmente en los Intihuatanas.

Antes que la comisión de la Universidad americana de Yale presidida por el doctor Bingham, hubiese llegado, no se oía hablar frecuentemente de Machupiccho, y si se nombraba este lugar era para designar simplemente una posición de la hacienda Silque en cuyos linderos se encuentra, y no para designar como mantenedor de restos de la importancia y proporciones que en sí encierran. Los americanos que vinieron en aquel viaje de estudio no hicieron conocer absolutamente en el Cuzco el éxito de sus exploraciones científicas. Solo sabíamos que el doctor Bingham venía con la seguridad de hallar vestigios de que la antigua civilización peruana se extendió hasta la región de la montaña, donde había tenido una de sus sedes principales.

El infatigable y talentoso Rector de la Universidad del Cuzco, doctor don Alberto A. Giesecke, americano de altísimas dotes, fue el primero en avisarme por el mes de octubre, en carta que escribió de Lima, donde se hallaba enfermo, la noticia de que el doctor Bingham había hallado varias ciudades antiguas, entre ellas dos superiores a Choquequirau. Tan revelador aviso no pudo menos que resolverme inmediatamente a hacer una excursión por los valles de La Convención, en busca de la ruta y lugares por donde hubiese pasado el doctor Bingham, aun cuando la estación lluviosa no era la adecuada para mi proyecto. Hablé con algunos discípulos y amigos míos en quienes hallé igual interés.

Posteriormente por los diarios de Lima conocía que el doctor Bingham, ya de regreso a su país, dio en la sociedad

Geográfica de aquella capital una conferencia en la que hizo revelaciones por demás interesantes de Machupiccho, presentándolo como una completa ciudad antigua.

Aprovechando de la época de vacaciones, no obstante, de las inmensas dificultades que las personas que conocían el camino me las presentaban como insuperables, emprendí el viaje en compañía del señor Justo A. Ochoa, muy decidido por esta clase de excursiones, como sensato y precavido. Algunos compañeros, digo, que debieron serlo, no salieron con nosotros porque no siempre se realiza lo que uno desea.

En Urubamba, donde preparamos todos los menesteres para el viaje, conseguimos un animoso y decidido niño, el joven Alberto López, de sangre española, y mi alumno en el Colegio Nacional de Ciencias, que se alistó en la excursión resuelto a arrostrar las peripecias del viaje.

Cuando salimos de Urubamba, el día 14 de enero, la desconfianza y cierto aire de conmisericordia, se dibujaba en los rostros de quienes sabían nuestros propósitos. ¡Qué van a llegar a Machupiccho! ¡No hay camino! ¡No se puede ahora pasar el río! ¡Es invadable! ¡Se los van a comer las víboras! Eran las exclamaciones que oíamos; pero yo iba resuelto a llenar mi propósito; para algo viajaba con el señor Justo Ochoa, cuya hacienda Ccollpani, a tres leguas de Machupiccho, iba a ser el centro de nuestras operaciones, y quien como propietario de esas regiones habría allanado las dificultades que se nos atravesasen.

A las 9 y 30 a.m. ya corrían nuestras cabalgaduras por la verde y pedregosa alameda que no otra cosa debe llamarse, el camino entre Urubamba y Ollantaytambo. Seguíamos por toda la margen del río que a la sazón venía turbio y con fuerte y rara creciente, murmurando ledamente entre las hojas de los capulíes y los sauces que inclinaban su coposo follaje a las caricias del agua, que lamía sus agobiadas ramas. A los lados, los robustos capulíes nos brindaban

pródigamente sus pulposos y rojos frutos, y las aves saltaban inquietas de un árbol a otro. Por encima de los cerros pelados, dominándolos como gigante vencedor, los Andes mostraban su vestidura de nieves que semejan manto de armiño cubriendo las encorvadas espaldas de un monstruo y alimentado con sus deshielos, muchos torrentes que se precipitan con rumor arrogante por los valles y encañadas para pagar el tributo de sus aguas al histórico Vilcanota.

En Ollantaytambo supimos que muchos puentecillos de palos, colocados sobre los riachuelos procedentes de la cordillera, habían sido destruidos y arrastrados por las avenidas. No tardamos en cerciorarnos de esta verdad. El río de Tanccacc (el que empuja), habíase llevado el puente, y la creciente había aumentado sus aguas, que en todo tiempo son memorables por el capricho, a veces perjudicial, conque cambian de cauce. Pasamos el río por un vado sin más novedad, que el peligro que corrió el muchacho de a pie que nos acompañaba, quien casi fue envuelto y arrastrado por la corriente. La cuadrilla de operarios que constantemente recorre el camino del valle para arreglar los desperfectos, no parecía todavía para reponer el puente.

Seguimos hacia Pisccocucho. En el río denominado Huaittampo de corriente más impetuosa y de cauce muy pedregoso, hallamos que en la banda contraria a la que nos hallábamos, paraba una recua de 15 mulas cargadas de coca, impedidas por un peón que no las dejaba pasar el puente, cuyo piso había caído al río y cuyos palos estaban para hundirse y caer muros y todo. Allí pude observar los grandes apuros en que se ponen los pobres arrieros a quienes acosa el deseo de hacer la jornada conocida a la aproximación de la noche y la dificultad del tránsito.

El patrón un Señor Vecino de Urubamba, que caminaba a pie arreando su cabalgadura que no podía con el jinete de puro cansada,

acompañado de otro muchacho se lanzó a encaramarse en el puente y observar sus desperfectos; subía por la orilla del río, escrutó un vado por donde arrear sus muías y ante la inutilidad de sus tentativas cogió piedras grandes, cortó ramas de arbustos, los colocó sobre el esqueleto del puente tupidamente, sembró encima tierra en capa muy rala, colocó sobre ella piedras, y así, una por una hizo pasar las bestias y continuó su camino. Nosotros aprovechamos de la obra del apurado viajero y pasamos el río para seguir nuestro camino. Cuando manifesté al señor Ochoa la impresión que me causó el suceso que habíamos presenciado, me dijo riendo: “Esto no es nada, vieras cuando se intercepta un camino por un derrumbe o se destruye un puente. Los pasajeros que se quedan impedidos por ambos lados, se unen en un trabajo común, y así abren un camino, limpian un derrumbe y construyen un puente. Amigo mío, por aquí el que viaja se abre camino, mientras que los valles pagan una contribución fuerte y saneada”. A mi regreso de la excursión el puente estaba en peores condiciones que en la primera vez, y me dijeron que cuatro veces habían construido un puente nuevo, y otras tantas se lo llevó el río...

Llegamos a Pisccocucho en medio de una garúa y un viento helado que silbaba furiosamente. En ese sitio la cordillera Andina se quiebra, se rompe en su continuidad, parece haber dado un salto descomunal a la otra banda del río, como si temerosa de humillarse y arrastrar su capa de armiño por el lodo, hubiera pasado el abismo y puéstose de un salto en la cresta del cerro de enfrente. Allí también para el geólogo está la muestra palpable de cómo el Vilcanota abatido en su curso por la mole de los Andes rompiólo profanó sus entrañas y se precipitó por un cause que sus furias le abrieron.

Antes de llegar a Torontoy, terminó de nuestra jornada, hubimos de presenciar uno de tantos abusos que se cometen por los MISTES gamonales de distrito con los pobres indios, eternas víctimas de una plaga de exploradores inverecundos: cuando caminábamos por una ladera, un indiecillo de poncho y montera,

asesando, jadeante rojo como una llana y bañado en sudor, nos alcanzó y aun se nos adelantó en carrera desatentada, llevando dentro del poncho una botella de licor, que le mandaron comprar de Piscocucho, a donde había ido de una legua de distancia. Le preguntamos de la causa que le hacía correr tan violentamente y sólo pudo contestarnos, entre una tos que le ahogaba la frase en la garganta. “Alla abajo han peleado dos hombres y a uno de ellos traen preso”. Al doblar de un recodo oímos voces desaforadas, adelantamos y a la siniestra del camino percibimos una chocita junto a la cual habían dos bestias. Ochoa, como que ya estaba en sus dominios, dijo que había que ver lo que pasaba y con él nos aproximamos hacia la casa.

Un hombre de mirada torva, rechoncho, de cuello deprimido y nariz torcida, se adelantó hacia nosotros saludándonos con aire arrogante. Exigió don Justo imperiosamente que le dijera lo que ocurría. En este instante salieron de la choza un pobre viejecito de Torontoy, con la cara ensangrentada, los ojos casi cubiertos por la hinchazón de los pómulos y echando sangre por las narices, las manos tenía fuertemente atadas hacia atrás con una cuerda ruda. Tras aquél apareció una mujer cuyo rostro era monstruoso de puro maltratado, esa no era cara humana, era un dibujo grotesco, bárbaro y horrendo hecho en un cántaro o en la superficie de una calabaza.

Los demás que pasaban de cuatro, sentados en piedras bebían ya el licor que había llevado el indiecito, como festejando aquella orgía de dolor y esa otra de beodez. El señor Ochoa, furioso, ante lo horrendo del cuadro, increpó al individuo rechoncho preguntándole de la verdad del hecho. El Indio maniatado se adelantó a decir que por una reyerta que tuvo con su mujer, que era aquella cuyo rostro era un cardenal vivo, lo traían en esa forma y propinándole golpes furiosos, el *miste* que al lado se mantenía en pie, y el cual no era autoridad ni nada. El aludido dijo ser comisionado para capturar a ese indígena, del gobernador de Ollantaytambo, pero no tenía ninguna orden

escrita y antes bien, junto con el presunto reo se trajo una bestia de éste, por pago de sus servicios. La indignación de mi compañero llegó a colmo de la rabia, y entre duras increpaciones capaces de conmover las piedras, cual nuevo deshacedor de agravios y amparador de doncellas, obligó al mozo a dar libertad a Chávez, que así se llamaba el galeoto. ¡Cuántas cosas se cometen en la apartada soledad de los pagos y aldeas! ¡Cuántas maldiciones proferidas por el indio contra su Historia y su destino!

La tarde caía en una calma rumorosa, los cerros parecían prepararse al sueño rodeados de la oscuridad que los cubría; llegamos a Torontoy, lugar donde hay unos restos de los que me he ocupado en vez anterior. Dormimos en una choza, junto con una familia de indios que nos atendieron con el interés y solicitud que pudieron, escuchando el monótono chirrido de los grillos y percibiendo como rápidos pestañeos la luz intermitente de las luciérnagas que revoloteaban en la atmósfera.

HACIA CCOLLPANI. LOS ANDENES. LA NATURALEZA. GUÍAS PARA MACHUPICCHO. MUERTE INFORTUNADA DE UNO DE ELLOS.

Desde Ollantaytambo oímos por boca de los indios, diversas noticias de los “Chapetes”, que así los nombraban al doctor Bingham y a sus colegas y de quienes decían andaban como locos por los cerros y matorrales, por las orillas del río, y que se perdían semanas enteras, sin provisión ni cosa que les sustente. “Unas veces se echaban en el suelo y con aparatos que no entendemos, miden la tierra, hacen segar las yerbas e intentan vadear el río, donde murió ahogado un indio, a quien obligaron que probase un sitio y pasase a la otra banda llevando sus cosas (aparatos). Buscaron el cadáver, lo hallaron con el grupo en que conducía los anteriores objetos, se alegraron de recobrarlos, y echaron el cadáver al río”.

Así, en tono irónico, nos dijo una mujer de Torontoy, de los de la Universidad de

Yale, cuya titánica labor tuvimos ocasión de ver desde el siguiente día.

Amaneció éste con un poco de lluvia, nos apercebimos para el viaje, echamos las sillas a los caballos y proseguimos el viaje por una quebrada estrecha que cada vez parecía angostarse más. Ya el río desde ese lugar se precipita bramando y golpea sus márgenes con la cólera de sus olas. Pasamos otro puentecillo sobre un torrentoso río, desde el cual puentecillo, hacía pocos días de que se había caído un niño pequeño, que no volvió más a aparecer arrastrado seguramente hasta el Vilcanota, cuyas ondas fueron su mortaja.

“Se ven desde Ollantaytambo por toda la extensión de la margen izquierda del río; a primera vista delatan la existencia de ruinas, pues, es casi seguro que donde hay andenes deben de haber restos de ciudades o fortalezas.”

Cuando los padres preguntaron al hermanito menor, que acompañaba al difunto, de regreso a la choza, dicen que contestó: “El río se lo ha llevado”. Lo que me llamó la atención fue la tranquilidad con que cuentan estas cosas los naturales, como si fueran las más ordinarias de su vida tormentosa.

Pasamos Artilleruyoc, nombre gráfico que se da a un cerro del cual frecuentemente se desprenden piedras inmensas de las que muchas derriban a los pasajeros o a las bestias, como ocurrió ha algunos años con el señor Fortunato Monteagudo, que pereció víctima de una galga que disparó el cerro, al

cual por eso le llaman Artillero. La Literatura Popular es frecuentemente muy acertada y lógica en la invención de vocablos.

Ya nos hemos intemado en la montaña, cuya exhuberancia y grandiosa majestad son para ser descritas por un poeta, y para descritos con calor. Allí la Naturaleza se muestra pródiga, rica, fecunda, en toda su amenazadora grandeza. El río corre impetuoso por un cauce profundo y el camino lodoso y estrecho serpentea por una ladera, que va por medio del cerro elevado, teniendo a sus pies el abismo y encima la inmensidad de las rocas crespas y erizadas por un nutrido bosque: es una lozanía viciosa, de la cual el hombre apenas puede aprovecharse. Los caminos por allí seguramente, por la estación lluviosa, son tan peligrosos que al transitar por ellos siente uno en todo su alcance el amor de la vida. Hay sitios en los cuales la senda apenas alcanza para que pase un caballo, de modo que un mal paso es para rodar 50 o 60 metros hasta el río. Lo que los pasajeros llaman Barbacoa, es algo que inspira temor el pasarla. El río ocasiona a veces el desgaje de una fracción del camino, espacio vacío que queda por encima de las aguas que van lamiendo hasta el rincón. Para pasar semejantes sitios, remiendan, diremos sueldan, las partes separadas, que muchas veces tienen la extensión de cuatro metros, con una especie de puente de palos y chaclas con piso de tierra, de tal modo que es como un puente muy débil. Hay barbacoas que se hallan a alturas considerables, como las hay otras, como una que últimamente había en el sitio denominado de la “Media Naranja”, que van casi tocando al río.

Antes de llegar al sitio denominado Máquina, llamado así por que es muchos años que un español implantó allí una maquinaria de aserrar, algunas de cuyas piezas se hallan desparramadas como despojos de una lucha contra los obstáculos de la Naturaleza. A la margen izquierda del río, vimos que el cauce de éste estaba defendido en gran extensión por un muro de piedras grandes ni más ni menos que una

parte de la región comprendida entre Pichingoto y Pachar. Cerca de este sitio, como a cosa de una legua de la Máquina, dentro de un bosque inmenso de árbol es, en el cerro de enfrente del camino que seguíamos, advertimos una andenería que escalonadamente dividía un cerro. Esos andenes, que son del mismo carácter que los de Ollantaytambo y Ppisacc, no han sido conocidos ni siquiera vistos por persona alguna, y si ahora los contemplábamos era porque el Dr. Bingham trepó por allí, profanó la soledad de esos parajes e hizo resonar en esos valles profundos, despertando los ecos dormidos, el hacha que derribó los seculares árboles, ahuyentó las víboras de que abundan esos lugares y puso a la luz parte de la andenería que seguramente continúa en toda la extensión del cerro, en claro. Este colinda con Machupiccho, y al parecer forma parte del otro cerro llamado Huainapiccho, que se halla frente a aquél. Desde ahí comenzamos a apreciar la inmensa labor de la comisión de la Universidad de Yale, puesto que por ahí no hay caminos, comodidades ni puentes. Ellos vadeaban el río por diversos lugares, aprovechando de la poca creciente de las aguas.

Estos andenes se ven frecuentemente desde Ollantaytambo por toda la extensión de la margen izquierda del río; a primera vista delatan la existencia de ruinas, pues, es casi seguro que donde hay andenes deben de haber restos de ciudades o fortalezas.

A las 2 p.m. llegamos al puente de San Miguel, cuyo piso se hallaba entonces en deplorables condiciones. Es un puente de hierro igual al de Urubamba, pero más largo y al parecer más firme por estar apoyado en un muro central de grandes proporciones y en cuyas paredes se rompen hirvientes las aguas del Vilcanota. San Miguel es un sitio donde hay a ambas márgenes algunas chocitas, hechas de empalizadas y con techos de paja, de tal modo que el aire y la luz penetran por todas las rendijas que dejan las paredes de chaclas tejidas. Es un lugar que desde el primer momento llama la atención

del viajero, porque repentina y súbitamente, el río que hasta allí viene sin muchos saltos ni gran estruendo, después de extenderse arriba del puente, de frente, pasando por debajo de éste, se lanza con un ímpetu y un estruendo tal, por entre peñas y piedras, que parece que desde allí se diese cuenta de su poder y se anunciase ante los elementos con un rugido espantoso. Sus turbulentas aguas abaten, azotan los pedrones que se alzan en el cauce, se rompen con ímpetu bramador y lanzan hacia el espacio su lluvia erizada de espumas y gotas, que por lo sutiles semejan tenue vapor que se levanta de la superficie de las aguas. Así atronador e inmenso, parece correr más rápidamente al término de su jornada.

Y cuantos contrastes en la vida y cuantas fatales condiciones: Escribía estas líneas, recordando del guía Lizárraga, todo una buena persona, cuando recibo del correo una carta de mi amigo y compañero Justo A. Ochoa, que se encuentra en Ccollpani y me anuncia la trágica muerte de aquél, que era un gamo para trepar los lugares más inaccesibles y un valiente para detallar todos los obstáculos. El señor Ochoa me escribe: Antier 11 de febrero hemos tenido la desgracia de perderlo a nuestro guía y compañero de excursión don Agustín Lizárraga. Iba muerto ahogado en el brazo del río que corre cerca de San Miguel, pasando el puentecito peligroso que te mostré para ir a ver su chacra; según me cuentan cayó de medio puente, y como iba sólo acompañado de un niño, no se le pudo auxiliar. El cadáver no se ha podido hallar, sin embargo de haber sido buscado en la extensión de tres leguas. La desgracia ocurrió a las 4 p.m. Como comprenderás el suceso nos ha conmovido profundamente".

¡Pobre Lizárraga! Ha muerto, como morirán veinte y treinta, y como habrán muerto cientos de personas, porque el puente de que me habla el señor Ochoa, y de los que hay varios en la extensión del Vilcanota, no puede llamarse tal, son palos o vigas atadas con lazos y cordel es que se echan de una parte a otra del río sin muros

ni sostén seguro. A mí, cuando me mostraron el tal puente, me pareció ver el palo peligroso de un saltimbanquis. Seguramente Lizárraga pasaba hacia una especie de isla que hay en medio río, en una pequeña extensión y donde tenía su sembrío de maíz. Las autoridades debieran prohibir el uso de esta clase de puentes que sólo son un atentado salvaje contra la existencia; he visto uno que se ha echado en todo el cauce del río.

Ya cerca de Ccollpani encontramos a los señores Enrique Palma, el universitario Luis Ochoa y José María Ochoa en compañía de quienes y del telegrafista señor Martínez llegamos a la hacienda, donde tuve mi alojamiento cómoda y fui tratado con todo género de atenciones.

Ccollpaní es hacienda grande, productora de caña, coca y frutas diversas, se elabora licor, azúcar y chancacas, y va tomando su producto gran incremento con el celo de los señores Ochoa que son muy emprendedores y laboriosos. Ya divisamos los campos cubiertos de caña en extensiones considerables, mostrando sus tallos nudosos y envueltos de sus lanceoladas hojas, y la coca de débil crecimiento.

UNA VISITA A HUADQUIÑA. LAS AGUAS TERMALES

Esperábamos un día sin nubes y sin lluvia para subir a Machupiccho que queda a tres leguas de Ccollpani. Para ganar el tiempo de algún modo, el miércoles 17 hicimos una visita a la finca Huadquiña, una de las primeras en producción y comodidades en el Valle de La Convención, propiedad de la señora Carmen Vargas viuda de Romainville, y que está a media legua de Ccollpani, en la banda opuesta del río.

Pasamos el puente de Ccollpani que es de alambre, y cuyo entablado está muy destrozado, con grandes boquerones remendados con piedras, en casi toda la extensión, de modo que, según gráfica e ingeniosa frase del señor José María Ochoa,

ya el puente en vez de piso de madera lo tenía de piedras. Seguramente que los caminos y puentes del valle están dolorosamente abandonados.

Llegamos a Huadquiña, después de atravesar dos puentes de alambre colocados sobre los ríos que pasan por las puertas de la finca, y mandados construir con fondos particulares del que fue acaudalado caballero señor Mariano Vargas que no fue 2° Vice-presidente de la República, porque no quiso. El caserío de Huadquiña es cómodo, decente y con una dotación completa de compartimientos y enseres. La finca, por sus habitantes y colonos, es una población. Las maquinarias son de lo más moderno. El señor Arteta nos dijo que hace poco montaron la Pelhton de gran poder que nos enseñó explicándonos la manera de elaborar el licor, el azúcar y la chancaca. Dentro de una inmensa sala vimos el funcionamiento de las máquinas, y pudimos contemplar, como la caña despojada de sus hojas, caía entre las rotaciones del cilindro y convertida en zumo, recorría una serie de transformaciones pasando por multitud de actos, hasta quedar en los toneles depositada ya como alcohol.

En medio de esa multitud de ruedas, poleas, correas y tornillos veíamos moverse al señor Arteta examinando las piezas y dirigiendo el trabajo. Después de permanecer en Huadquiña toda la tarde, mereciendo las atenciones del señor Arteta, regresamos a Ccollpani.

Cerca de esta finca, en la banda contraria, existen las aguas termales muy salutíferas que brotan de un manantial, próximo a una temperatura de 60 grados, por lo menos. Muchas personas van a bañarse, allí donde el señor don Mariano Vargas hizo construir unas cuatro pozas y una habitación para los bañantes. Para bañarse en las aguas mencionadas es menester que el agua se deposite 12 horas antes en las pozas para que puedan bajar a una temperatura conveniente.

A MACHUPICCHO. LOS
EXCURSIONISTAS. CAMINANDO A PIÉ.
NOCHE EN SAN MIGUEL. LA
ASCENSIÓN. PERIPECIAS. LA
LLEGADA.

En la tarde del 18 salimos hacia Machupiccho, con designio de pasar noche en San Miguel y subir hacia los restos de la ciudad antigua, con el alba del siguiente día, para tener el tiempo suficiente de visitar y conocer todo lo que encierra el lugar mencionado. Salimos de Ccollpani con el Sr. Enrique Palma conocedor de Machupiccho y muy atrevido explorador, Sr. Justo A. Ochoa, mi compañero, Sr. Luis Ochoa, mi alumno universitario y aficionado a la fotografía, Sr. José María Ochoa, hermano de los anteriores, un joven regocijado e ingenioso espíritu decididor y alegre y buen andarín y el señor Fernando Palma, vecino de los valles y un sportsman muy conocido en el Cuzco por sus aficiones a los juegos atléticos. Con prudencia que hubimos de aplaudir al día siguiente, persuadimos al jovencito Alberto López que se quedara en Ccollpani, esperándonos, temerosos de que su corta edad sufriese las consecuencias de una penosa caminata, así como cuidadosos de las víboras que tienen, como su residencia favorita, los cerros y caminos que debíamos recorrer.

En Aobamba, a una legua de Ccollpani, tuvimos que desmontar para dejar las bestias y seguir a pie la legua que nos quedaba para llegar a San Miguel, pues el pésimo estado de un puente que apenas se mantenía temblando nos obligó a no exponer la vida de nuestras cabalgaduras.

Con nuestras grupas a la espalda, en mangas de camisa, y con las carabinas, escopetas, machetes o alfanjes como los llamaba el señor Palma (don Enrique), hicimos el camino a San Miguel en 30 minutos. Nos alojamos en la casa del malogrado señor Lizárraga, donde hicimos transcurrir gran parte de la noche jugando a las cartas y riendo los chistes y chascarrillos de don José María, cuyo buen humor no

decaía en los momentos de mayor fatiga y de inminente peligro. Lizárraga nos dijo que era dudosa nuestra llegada a Machupiccho, porque el camino por donde debíamos ascender estaba completamente obstruido por el ningún uso que se hacía de él, desde hacia mucho tiempo. Cuando preguntábamos por la ruta que había seguido el doctor Bingham, nos dijo que él fue por otro camino antiguo y más fácil que sube por cerca de la Máquina o Mandor, el cual no podíamos seguir por no poderse vadear el río en tiempo de lluvias, como lo hizo aquél por los meses de agosto y setiembre.

Nos apercibió de que anduviésemos cuidadosos de las víboras que suelen hallarse en el camino, sin huir ni ofender pero, que pisadas inadvertidamente pican con resultados muchas veces funestos. A este propósito nos contó que todos los habitantes de esas regiones estaban picados, el que menos una vez, por aquel ponzoñoso reptil. Tal es la abundancia de ellos en esos lugares que una vez, según nos contó tranquilamente Lizárraga, en un trabajo de cultivo de coca, hallaron, de paso y en media faena, en solo un día ciento cincuenta víboras a las cuales mataron. Los tres indios que nos acompañaban, llevando provisiones y aparatos necesarios para la excursión nos contaron también la frecuencia con que las víboras pican a las gentes y la manera como se curan, la cual es tan bárbara como eficaz: Inmediatamente de ser mordidos cogen la cuchilla que siempre llevan consigo y rebanan una porción de carne de todo el derredor de la parte en que han sentido el aguijón, dejando por su puesto una inmensa herida, la cual se queman con ascuas y se cauterizan impasiblemente con la sal que llaman de piedra. Esta curación neutraliza el veneno, pero los deja inmóviles por cinco o seis meses. Los indios cuentan anécdotas interesantes relativas a la picadura de las víboras (Picacc), cuya ponzoña también se evita chupando la sangre en el punto de la herida. Se avisa que un alemán fue picado por una víbora en la palma de la mano, y no teniendo en ese momento ningún antídoto recurrió al primer indio a quien halló en el camino y amenazándole con un revólver, le obligó a que

le chupase la parte picada. De este modo salvó su vida, poniendo en grave riesgo la del indio que felizmente no tenía la menor herida en la boca.

Amaneció el día 19 con una lluvia copiosa que encharcaba el suelo y obligaba a los pajarillos a ocultarse en el umbrío follaje. Abandonamos las improvisadas camas a las 5.30 a.m. Salíamos con nuestras cargas, cubiertos de sendos ponchos, las mismas personas del día anterior más don Agustín Lizárraga que armado de un inmenso cuchillo, nos servía de guía. Pasamos el

“Antes que él siempre subían, y aún vivieron ahí, muchas personas que cultivaban calabazas, yucas, camotes y caña de azúcar. El finado señor Lizárraga subía con frecuencia en años anteriores.”

puente y saltando por piedras y palos alcanzamos a encornar la entrada de unos tupidos matorrales por donde, se nos dijo, debía de ser el camino. A más de la menuda lluvia que nos mojaba, las ramas de los árboles y arbustos, al ser separadas por la manos y los palos nos regalaban también con nueva lluvia mojándonos con las gotas que fueron a cobijarse en sus verdes hojas. Camino no lo había ninguno, seguíamos ascendiendo por una pendiente empinadísima, por una senda bastante apenas para que corriese una pequeñísima cantidad de agua. Ya era un tronco de árbol que nos sería para encaramarnos o salvar un

feo paso, ya las ramas caídas de los árboles nos servían de ascensores. La gradiente se hacía cada vez mayor, y en el primer momento creíamos encontrar algún abismo que nos hubiera detenido. Hacia media hora que subíamos casi verticalmente llenos de sudor, y con los músculos de los pies que se nos dormían, por entre un bosque cerrado, a cuyos lados no se veían más que el cetro crespo, erizado, inmenso y abajo el río que entre alaridos ensordecedores arrastraba sus tumultuosas aguas. La lluvia seguía insistente y el cielo brumoso y negro parecía un campo de luto y desolación; una espesa neblina nos cubría impidiéndonos casi ver el camino. El señor Enrique Palma, con su machete, quitaba las ramas del paso y nos proporcionaba otras que inclinándose hacia nosotros nos servía para suspendernos. Estaríamos a ochenta metros sobre el nivel del río, cuando nos sorprendió ver bajo la concavidad de una roca algunos choclos de maíz seco, ollas, pellejos y otros útiles de cocina, allí donde apenas chirriaban insectos y piaban tristemente los pájaros. La subida se hacía casi imposible, habían momentos en los cuales desmayaban nuestros ánimos, pero viendo la voluntad y entusiasmo con que Lizárraga y Palma se perdían en el bosque buscando y señalándonos la vía, nos contemplábamos y seguíamos la peregrinación, comiendo algo de coca con chancaca, lo que nos salvó de los efectos del soroche que nos hacía vacilar. Contar las dificultades y peripecias del camino sería para parecer exagerados, es necesario ir, subir y fatigarse como los que excursionábamos, para comprender lo difícil de la ascensión. Baste decir que mirando de esas alturas, el vértigo nos impedía seguir contemplando las casas, que humeaban desde las márgenes del río. En un momento en que yo iba subiendo agarrándome de las raicillas que se atravesaban el camino, me cogí a algo que parecía un palo, cuando veloz, se deslizó entre mis dedos de la mano algo muy frío y viscoso, creí haber tocado una víbora, y casi por una aprensión, muy explicable, sentí que el dedo pulgar se me hinchaba y dolía, después vi que seguramente era alguna culebra que se hallaba dormida y al sentirse

tocada huyó hacia el matorral. Después de una ascensión de tres horas, por fin llegamos a la cúspide del cerro, desde donde se divisaba el río como un hilo de cobre y la quebrada como una maroma negra. El grito de ¡Machupiccho! Lanzado por el señor Palma nos repuso de la inmensa fatiga que nos abrumaba. Desde allí pudimos ver al otro lado del cerro una amplia meseta o explanada, siempre cubierta de enmarañado bosque, en medio del cual se mostraban algunos trozos que semejabán casas o ruinas de edificios. Descendimos hacia ese lugar, y repentinamente reparamos que caminábamos ya por unas galerías que hacia a la derecha estaban limitadas por una especie de cuarteles de piedra bruta y de carácter ciclópeo. Estábamos en Machupiccho.

MACHUPICCHO. ANTECEDENTES. EL NOMBRE. LA CIUDAD. LOS EDIFICIOS. SUS DIMENSIONES. SU CONSERVACIÓN. SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS CON OTROS MONUMENTOS. LA OBRA DEL DOCTOR BINGHAM.

La vista general de Machupiccho puede decirse, parodiando una frase de Víctor Hugo, que semeja un conjunto de ruinas donde brotan flores y árboles. Tal es la fecundidad y exuberancia de esos lugares, que para poner en descubierto esos restos ha habido necesidad de tronchar numerosos e inmensos árboles que yacen tendidos entre las paredes y calles, y las ramas secas; los arbustos muertos, las plantas diezmadas dan al sitio un aspecto de imponentia y de sugestión históricas. Toda la población, o sea todo el área en que se hallan los restos de salas, habitaciones, torreones, casas e Intihuatanas, ocupará en cálculo aproximado, unos mil quinientos metros de perímetro, todo él siempre ocupado en su mayor parte por el bosque tupido e impenetrable. Por entre las paredes y sobre ellas, se levantan arbustos que encaramados a los muros semejan

guirnaldas que exornan la cansada cabeza de una vieja generación.

El lugar parece recordar la situación de los antiguos castillos feudales, así en parte inaccesible, como nido de cóndores, con puentes, rastrillos, puertas, que en Machupiccho están subsanadas por la casi inaccesibilidad de los cerros que le sirven de pedestal. Hacia arriba se divisa la región de la Máquina, el lugar de Media Naranja, al frente Huaynapiccho, y hacia abajo Ccollpani y San Miguel que parecen emerger del abismo.

Como dije antes, Machupiccho es comprensión de la finca Sillque de la familia Nadal.

No es verdad que el doctor Bingham haya sido el descubridor de esos restos; él les ha dado la vida de la fama y del interés arqueológico. Antes que él siempre subían, y aún vivieron ahí, muchas personas que cultivaban calabazas, yucas, camotes y caña de azúcar. El finado señor Lizárraga subía con frecuencia en años anteriores.

El 14 de julio de 1901 (hace diez años), subieron a Machupiccho por el camino que siguió el doctor Bingham, un señor Gavino Sánchez, vecino de Caycay, y los señores Enrique Palma y Agustín Lizárraga, quienes visitaron todas las ruinas y recorrieron sus compartimientos; pero, como ocurre siempre, no fueron por interés científico e histórico, sino en busca de lo que muchos pretenden y de aquello que a algunos les quita el sueño, para ir a excavar lugares donde hay monumentos antiguos. El señor Palma nos dijo que hallaron una cuerda de cabuya, junto a una momia; tan bien hecha y conservada estaba la cuerda que la utilizó por mucho tiempo.

Machupiccho ha sido pues, conocido por muchas personas, aunque su celebridad tengamos que deberla al doctor Bingham.

Toca a los Quechuistas descifrar la significación etimológica de la voz Machupiccho, y de otras cuyo conocimiento

pueden suministrar datos muy apreciables para el conocimiento de muchas cosas ignoradas o poco sabidas. Machupiccho es una palabra compuesta: Machu (viejo) y Piccho, que parece disidencia del verbo Picchar, que para los indios es el acto de mascar la coca. Eso de que al lado de Machupiccho haya otro sitio histórico, denominado Huaynapiccho, palabra, en la cual Huayna (joven) es opuesta a Machu (viejo), parece ser algo interesante, si tenemos en consideración que hay muchos lugares que tienen parecidos nombres, como Huaynamurayaca y Machumurayaca, en Quispicanchi, donde tenemos las voces Machu y Huayna formando el compuesto con Murayaca.

Después de bajar unos doscientos metros de la cúspide del cerro, caminando por un desbrozado de hierbas y, como dije antes, por el algo así como una galería, se llega a una portada, muy semejante a la de Sala-Punco, situada en el camino entre Ollantaytambo y Torontoy. Dicha portada es de mayores proporciones relativamente a las de su género y es visiblemente la entrada a la ciudad de Machupiccho.

Las piedras de que están formados los muros laterales de la portada son cuadrangulares y ligeramente trabajadas, y se hallan un tanto movidas, algunos por desprenderse por las raíces de arbustos que crecen de sus intersticios. El pulido y unión de las piedras seguramente que es inferior a la portada que da acceso a las notables galerías de Ollantaytambo, pero en la magnitud de las piedras del umbral, en la altura de éste y un detalle extraño de que hablaré luego, es superior a la de éste. La altura de la portada es de dos metros cuarenta centímetros. Las paredes laterales están formadas sólo por cinco piedras y tienen un ancho de diez centímetros. La forma es siempre la de un trapecio.

El umbral no está formado, como ocurre generalmente, por una sola piedra, sino por dos unidades, de dos metros veinte centímetros de largo y sesenta centímetros

de espesor. La forma aproximada puede reconstruirse por los siguientes datos: Ancho de luz por la parte cercana al umbral, por dentro, un metro cincuenta centímetros; id, por fuera, un metro 55 centímetros. Por la base: por fuera 1 metro 59 centímetros; por dentro un metro 50 centímetros.

El detalle de esta construcción que no se encuentra ni en Ollantaytambo, ni en Pizca ni en Torontoy, y es probable que tampoco lo haya en Choquequirau, puesto que nada parecido aparece del diario del doctor Bingham, sobre estas ruinas, es una especie de collar o argolla de piedra de siete centímetros de diámetro que arranca en posición horizontal de la parte de atrás del umbral, semejante, en forma, a las piedras agujereadas y puestas como clavos en las cuadras y corrales, para amarrar las bestias. En la portada a que me refiero dicha argolla es distinta de la piedra del umbral, o mejor, está encajada en ésta, pero en algunos otros grupos de construcciones forma con el umbral un solo cuerpo, es decir que esas argollas se han formado gastando el bloque de piedra. Como pasa con las alacenas, altares y los clavos o apéndices cilíndricos que existen entre las primeras, así en Choquequirau como en Torontoy y Machupiccho se ignora —y no es fácil saberlo— el objeto de esos collares.

Tuve ocasión de hablar sobre esta particularidad con nuestro sabio maestro doctor don Antonio Lorena, según cuya opinión los collares serían para colgar de ellas algunas telas, hilos o ciertos signos que indicaban la hora en que el Inca o personaje notable que residía en el edificio no estaba visible para los extraños. Y esta presunción se robustece ante el hecho de que los tales collares se hallan precisamente en la mitad de los umbrales, como si sirviesen para colgar alguna cortina o telón.

Cuando nos hallábamos contemplando la fortaleza encontramos a un indio que salía cargado de un gran bulto de la galería, cuya entrada es aquella. Quedóse asombrado al vernos en esas alturas, a las cuales rarísimas

veces, según él, ascendían las gentes. Averiguamos por él y nos dijo que se llamaba Anacleto Alvarez y que hace ocho años vivía en Machupiccho, cuyas tierras de labranza conducía por doce soles anuales; agregó que cansado de la soledad y del aislamiento se retiraba al puente de San Miguel donde conducía sus pobres y miserables enseres y cosas. Así supimos que el maíz y los rastros que hallamos en la cueva del cerro que habíamos subido eran de Alvarez, quien hacía su traslación escalonadamente por la gran dificultad del descenso.

Pasando la portada se penetra en una ancha galería, protegida a los lados por muros de piedra bruta de carácter ciclópeo que conduce en un descenso muy suave a unas graderías de piedra talladas en roca, por las cuales, se ve claramente, se penetra en el corazón de la ciudad, cuyas ruinas se presentan ya en conjunto, con sus calles estrechas, torreones y ciudadelas, todo por supuesto cubierto en matorrales, arbustos y árboles diversos.

Bajando hacia la derecha, observamos que de una choza de techo de paja salía una columna de humo negro, como si en ella se estuviese quemando algo. Llegados a la pequeña puerta de forma de trapecio, vimos que en dicha habitación había efectivamente moradores, ellos eran la mujer y tres niños del indígena Alvarez. Los tristes vecinos de esa pobre covacha no pudieron pronunciar una palabra luego que nos vieron, temerosos de que les hiciéramos daño, pero repartimos pan entre los niños que estaban casi desnudos y convencidos de que éramos gentes de bien se repusieron de su estupor.

La habitación referida es una pieza de tres metros de largo por dos metros de ancho, toda ella es construcción antigua con piedras de sillería pulida en los bordes y parecen almohadillas, muy semejante en su forma de construcción y de ángulos a la pared del callejón de Loreto del Cuzco, de tal modo que su morador para habitarla no ha tenido más trabajo que cubrir el techo con palos y paja, y por la parte de atrás, cuya pared está destruida, poner hasta el techo estacas que

semejan una empalizada. Es, pues, una habitación eminentemente precolonial, si con este nombre pueden bautizarse todas las construcciones anteriores a la conquista, bien sean anteriores al último período de la civilización quechua representada por el Imperio de los Hijos del Sol, sirviendo de morada a los hombres del siglo XX.

De la puerta de la habitación, tomando la derecha se ve una escalinata hermosa de piedra con tramos anchos y regularmente formados que conducen hacia el grupo de construcciones que quedan en la parte baja de la ciudad. Antes de penetrar por esas graderías, por indicación de nuestros guías nos dirigimos de frente por una senda muy abierta y llena de charamuscas entre callejas estrechísimas; a saltos de un tronco a otro, como a cincuenta metros más allá de la primera habitación que hallamos, nos vimos frente a una hermosa y gran sala a la que rodean varias otras piezas, también de piedra, pero no tienen ni la magnificencia de los detalles ni la imponente de los materiales, ni el primor de la perfección en la soldadura de los sillares, ni las proporciones ni dimensiones de aquélla.

Lo primero que llama la atención es un inmenso monolito cuadrangular que, arrancando de la pared del fondo, sobresale a manera de un trono o altar destinado a alguna divinidad o personaje de altas preeminencias, y a cuyos lados se ven dos piedras de menos dimensiones, pero que semejan sitios o puestos secundarios de una trinidad de ídolos o personas. Dichas piedras se alzan del suelo y rematan casi en la tercera de la pared. El monolito del fondo es de roca ligeramente trabajado, tiene de largo 4 metros 36 centímetros; 1 metro de espesor, su altura del ras del suelo es de un metro cincuenta centímetros; sale de la pared hacia delante, setenta y cuatro centímetros. Se trata seguramente de un lugar de adoración o de un palacio.

La sala tiene la pared del fondo y las laterales faltándole solo la principal o sea la fachada, para dar idea de su forma completa.

No puede darse mayor primor de perfección; allí se ha unido lo monumental y grandioso con lo regular y simétrico.

Los muros laterales, puede decirse que están formados solo de dos inmensos y trabajados monolitos, que se sueldan o enchapan con la pared del fondo mediante tres piedras de la forma exigida por la colocación de los monolitos que tienen cuarenta y tres centímetros de largo cada una. El monolito de la derecha tiene de largo tres metros diez centímetros, de ancho y de espesor ochenta y dos centímetros. El de la izquierda tiene tres

“Lo primitivo, lo rudo y lo grandioso que caracterizan los primeros pasos del hombre, mezclado, en curioso contubernio con la obra pulida magnífica y artística de los momentos de esplendor de una civilización extraña.”

metros noventa y ocho centímetros de largo; dos metros treinta centímetros de alto y noventa centímetros de espesor; el primer monolito tiene 12 esquinas. Toda la habitación esta formada de 166 piedras, de las cuales, las de pequeñas dimensiones son aplanadas y paralelogramicas. En esta sala no habían de faltar ni los nichos o alacenas que hay en Ollantaytambo, Pizca, Torontoy y Choquequirau, ni los clavos cilíndricos de piedra que ornamentan éstas al parecer hornaciones de ídolos y divinidades. Existen 17 alacenas: 10 laterales y 7 en la pared del fondo. Los clavos o apéndices de piedra solo existen entre estas últimas.

La habitación tiene 6 metros 43 centímetros de largo, 7 metros 77 centímetros de ancho. Las paredes laterales tienen de alturas, la de la derecha 3 metros 69 centímetros; la de la izquierda, 3 metros 94 centímetros; la del fondo, hasta el plano altar formado por el monolito, 2 metros y medio. Las paredes laterales en sus extremos libres demuestran claramente una especie de corte oblicuo que hace que la base quede sobresaliente con relación a su remate, y asimismo presentan en las piedras de la cúspide una casi profunda concavidad, que al parecer servía de encaje o soldadura con la piedra del umbral que ha desaparecido. Esta clase de concavidades se notan casi en todas las habitaciones de Machupiccho. La sala cuya descripción acabo de hacer, imperfectamente por supuesto, es lo mejor que hay en Machupiccho, entre las ruinas de salas o habitaciones que se alzan sobre la exuberante vegetación de esas inhabitadas alturas donde sólo la víbora se enseñoorea con su temible obra de ponzoña.

Hacia la izquierda de la sala, como a diez metros de distancia, se encuentra otra habitación larga, cuyos muros están formados de piedras rectangulares de pequeñas dimensiones, pero cuyas líneas de rincón son tan perfectas como las de Maruri, en el Cuzco. Tiene de largo 10 metros 42 centímetros y de ancho 4 metros. En la mitad de la pieza y hacia el círculo que forman la sala y las otras habitaciones, hay una especie de columna o pilar que tiene 2 metros 7 centímetros de alto del ras del suelo; 77 centímetros de ancho. En su parte superior muestra claras huellas de que soportaba el umbral, lo que prueba que esa pieza eran dos habitaciones, cuya pared medianera se ha destruido.

En ella se cuenta cinco alacenas laterales, que tienen la particularidad de ser de mayores dimensiones que las ordinarias.

Inmediata a esa y enfrente a la sala principal, hay una habitación pequeña con paredes de piedra bruta rellenas con barro, pero que tienen, así como las alacenas

de las otras, los clavos cilíndricos de piedra negra muy pulida y encorvados hacia abajo por los extremos, lo que les da una apariencia particular.

A la derecha de la sala se ve un semicírculo formado por una roca de muy escasa altura, semejante al círculo que como base del Intihuatana se ve en Pizca; a este semicírculo le falta el cilindro de piedra en que generalmente rematan los restos llamados Intihuatanas.

Para pasar de un lugar a otro, visitando los restos que en grupos diversos se hallan en Machupiccho, es necesario subir o bajar graderías de piedra cubiertas de malezas y arbustos, pues que casi todos los compartimientos están en distinto nivel.

Subiendo por la parte de atrás de la sala se encuentra otro Intihuatana grande, de forma circular, en cuyo centro se alza una argolla, en vez del cilindro ordinario, muy semejante a la del umbral de la portada de que ya he hablado. Esta argolla tiene la particularidad de arrancar de la misma plataforma, con la que forma un solo conjunto. Cerca de éste se encuentra otro Intihuatana que remata en un poliedro de 4 caras.

Estos Intihuatanas se hallan generalmente situados en las mayores eminencias del cerro.

Desde el sitio último en que nos hallábamos, divisamos, hacia la izquierda, y en la parte baja del andén otro grupo de ruinas en claros muy estrechos que parecen calles. El sitio es montuoso y donde se han derribado inmensos y gruesos árboles que tendidos en toda la extensión del campo y en todas las direcciones forman como un inmenso puente o una malla formidable sobre la cual hay que caminar para trasladarse a aquel lugar después de bajar del andén dejándose caer por los troncos que hacen entre el lado superior y el inferior. Llegando al pie de los muros más altos se encuentra uno con una pared hecha de piedras pulidas cuadrangulares, parecidas a las de la calle de Maruri y de unión muy

delicada y perfecta. Desde el suelo, que es una calle, entre dos paredes muy cercanas mide el muro siete metros y medio de altura. Encaramados a un tronco subimos dicha pared que da acceso a un terrado de 50 metros cuadrados de extensión, donde en la actualidad crece el maíz sembrado por el vecino de Machupiccho, Anacleto Alvarez. El muro tal como está parece servir de cuartel parapeto a ese terrado o plaza.

Después de correr unos trescientos metros y bajar del andén en que nos hallábamos, encontramos en la pendiente escalonada del cerro una especie de baño o pozo de piedra cuadrangular muy semejante al llamado baño de la Ñustta existente en Ollantaytambo. Tiene en su parte inferior una especie de desagüe que comunica con otro pocito o baño de igual forma que se encuentra en nivel inferior, en esta forma escalonada encontramos en el descenso del cerro seis de esos pozos, los que según los indígenas, se suceden de idéntico modo hasta el río, es decir una pendiente de 200 metros de extensión, hoy cubierta por un bosque cerrado e impenetrable, pero cubierta toda ella de un sistema de andenes que circundan todo Machupiccho.

Todos los naturales que conocen esos pozos aseguran que ellos eran lavaderos de oro; pero teniendo en cuenta que casi en todos los sitios o ciudades de importancia los antiguos peruanos construían canales, con intermedio de recipientes o cubetas de piedra, creo yo que los pozos en cuestión no significan sino conductos por donde descendían, bien sea la chicha sagrada de las libaciones o la sangre de las víctimas de los sacrificios, para ir a perderse en la profundidad imponente de la quebrada. El hecho de que unos pocitos se comunican con los otros no puede darnos otra idea que el de acueductos para objetos de culto. Garcilaso relata que en diversos puntos estos canales servían para las grandes libaciones en honor del Sol.

Subiendo del lugar de los pozos, casi al pie de la choza del indio habitante de

Machupiccho, se destaca dominando las andenerías bajas una construcción sorprendente por lo rara, grandiosa por lo monumental, y reveladora por los detalles especiales que la rodean. En esa construcción es lo primitivo, lo rudo y lo grandioso que caracterizan los primeros pasos del hombre, mezclado, en curioso contubernio con la obra pulida magnífica y artística de los momentos de esplendor de una civilización extraña inexplicable, pero efectiva y grande. Junto a una gruta semejante a una vivienda de Trogloditas, se admira una construcción parecida a una sola casería o a una torre babilónica. Allí se manifiestan en íntimo consorcio la obra grande de la Naturaleza, con la refinada del hombre.

Es una roca inmensa, una mole formidable de siete metros de altura, coronada por una especie de Intihuatana de una mampostería de piedra acabada, por la regularidad y pulido de las piedras, como por la unión de éstas. Sobre la roca que se alza enhiesta se ha construido en forma circular un torreón que visto desde abajo recuerda una construcción primorosa. En la parte inferior de la roca que mira hacia el río, se ve una puerta oblicua triangular abierta en esa masa uniforme de piedra, y en esa gruta o cueva, en el seno disgregado de la roca se encuentra una habitación ornamentada de muros de piedras cuadrangulares, iguales a los de Ollantaytambo, de alacenas de doble fila y de clavos de piedra que dan a ese lugar un aspecto imponente y sombrío. Parece que un titán, un gigante se hubiese deslizado por una grieta de la roca, y con el colosal esfuerzo de sus espaldas, al levantarse la hubiera disgregado, quebrantado y dividido en dos partes desiguales, una la de la izquierda, mayor más inmensa, y la de la derecha, un trozo mediano. La parte de la izquierda se inclina a la derecha pero para no dejar que se vuelvan a unir, para hacer un juego de capricho, esas dos fracciones se han unido con una especie de pared pequeña, muro o columna de la misma construcción que la parte alta del torreón. Ese trozo de mampostería semeja una chapa hermosa de

dos fragmentos de roca separados, sobre la cual se mantuviese la mayor porción de ella. Es un remiendo de piedra pulida y labrada, hecho en una roca bruta, tal como la hizo la Naturaleza.

Penetrando en esa especie de gruta se llega a una pieza húmeda irregular de ocho metros cuadrados de extensión, cuyo techo está formado de piedras labradas. Sus paredes están, como dije antes, formadas por muros de piedras pulidas que constituyen como el decorado de ese subterráneo curioso y extraño. Arrancando del ras del suelo se ven cuatro nichos o alacenas de mayores dimensiones que las que ordinariamente existen en ruinas semejantes, su altura es de 1 metro 77 centímetros, su ancho en la parte de arriba de 47 centímetros y en la base de 65 centímetros, y su profundidad es de 20 centímetros. Tiene exactamente todas las dimensiones para que se encaje un hombre de alta estatura, con un espacio suficiente por afuera, para poner un muro al mismo nivel de la línea que el resto de la pared. Encima de estas alacenas se encuentra dos pequeñas, cuya altura es de 55 centímetros, ancho en la parte de arriba de 32 centímetros, y en la base de 40 centímetros, con una profundidad de 28 centímetros. En el muro se destacan también dos clavos de piedra delgada y pulida. Al entrar en la cueva hay tres secciones de troncos regulares formados o labrados en roca, y casi todo el círculo, tocando con la base de las alacenas grandes, está rodeado de una especie de corniza o plataforma también de piedra.

En la parte interior hay un enorme agujero figurando un asiento que delata las excavaciones que en ese sitio se han hecho.

En muchos lugares se notan vestigios de haberse hecho excavaciones, sin duda obsesionados por el interés del oro que se cree existir oculto en esas regiones, en proporciones fabulosas.

Las alacenas mayores por sus dimensiones, por la gruta en que se hallan y

por el aspecto casi sombrío del recinto hacen pensar que ese sitio fuese un lugar de castigo o de torturas. Es sabido que entre los antiguos peruanos las faltas graves, las atroces, contra la pureza, santidad del culto, la castidad de las mujeres escogidas se castigaban con la terrible pena de emparedamiento. Tal vez, esos nichos lo eran verdaderamente para conservar y guardar hasta después de la muerte el cuerpo de los infelices delincuentes.

Al lado de este torreón, se encuentra otro muy semejante, pero sin la gruta, y ya muy destruido; en su coronación ofrece el mismo carácter de construcción que el anterior, así en la calidad y pulido de las piedras como en las líneas de unión. Encima de este último existe un pocito o baño de piedra de 7 centímetros de profundidad y de dos metros de perímetro.

De este sitio se pasa a una habitación que no tiene sino parte de sus muros de piedras cuadrangulares, con 16 alacenas pequeñas y muchos clavos colocados entre aquellas.

Próxima a la anterior y casi sobre el torreón principal hay un espacio grande rodeado de muros, que parece una plaza circular de alguna importancia. Tiene seis alacenas pequeñas y dos grandes y comunica con una habitación muy semejante a la galería de Ollantaytambo; está ornamentada por nueve alacenas, con clavos cilíndricos entre una y otra.

En un extremo de esta pieza existe un hueco grande que penetra hacia adentro en forma oblicua, y cuyo término no se conoce. Es uno de esos subterráneos tan comunes en el Cuzco y otros puntos, que se conocen con el nombre de Chinganas, y sobre los cuales existen tradiciones populares fantásticas e inverosímiles.

Tras las anteriores piezas, y casi comunicándose con ellas, se encuentra una portada de dos metros de alto que da entrada a una habitación cuadrangular de paredes iguales a las de las ya descritas, pero

que tiene la particularidad de contar con dos puertas, una de entrada y otra que sirve de comunicación con la siguiente y de tener las alacenas en doble fila, es decir unas superiores a otras inferiores.

Tras de los muros de esta última pieza y caminando por la izquierda del andén en que se halla situado este grupo de construcciones, hay tres callejuelas apretadas y estrechas, suficientes para que pase un hombre medianamente gordo. Estas calles cortan transversalmente las habitaciones, por su parte posterior, y son paralelas entre sí. Las paredes que las flanquean son de piedras unidas con barro y no presentan la grandiosidad y perfección de las otras.

Por todas partes, entre los breñales y el tupido encaje, se presentan vestigios de andenes, casas y calles todos los cuales no nos fue posible ver por lo impenetrable de los matorrales y por la gran altura de los andenes que separan esos lugares unos de otros.

Habíamos comenzado a visitar y medir las construcciones de que he hecho mención a las 8.30 a.m. y después de ver la última eran las 12.30 p.m., hora en que volvimos a la choza de Anacleto Alvarez, subiendo por la hermosa gradería, que por sus tramos, la colocación de éstos y aún el color de las piedras es igual, a esa otra gradería existente en el Rodadero y que el vulgo conoce con el nombre de ccuilloc hinqquinan.

Audacia sería en quien escribe estas líneas aventurarse a emitir opiniones sobre la significación histórica y arqueológica de los admirables restos de Machupiccho, a los cuales rodean, por otra parte, detalles y pormenores extrañamente reveladores. Pero no estará demás comparar ciertos antecedentes confirmados y conocidos, llevar una razón o prueba más a las que ya se han aducido sobre la significación y rol histórico de las diversas civilizaciones que se han desarrollado en este lado del continente, y sobre las diferencias y puntos de unión entre los restos encontrados en los diversos

lugares del territorio, así como despertar el interés de los hombres de ciencia y del Gobierno, para hacer investigaciones y estudios sobre las regiones hoy desconocidas que en otro tiempo han podido ser teatro de lejanas y hoy perdidas civilizaciones. Lo que se creían selvas vírgenes, bosques intocados y regiones puras, hacia los cuales el progreso dirige hoy sus miradas de exploración y de conquista, ante los datos de la ciencia, van presentándose como escenarios que vieron desarrollarse inmensos y grandes hechos, como en estos sagrados y grandes tesoros de civilización, y como historias mudas que esperan para hablar el momento de la santa locura y de la obsesión inspiradora.

“La naturaleza menos destructora y más pródiga en cuidados ha guardado y conservado mejor los monumentos encomendados a su sola custodia, que el hombre, cuya mano parece empeñada en borrar la huella de los siglos.”

Aún cuando parezca paradójico, los restos de Machupiccho expuestos a los ultrajes de la intemperie, y alzándose en la enhiesta soledad de esas inhospitalarias alturas están mejor conservados que los que se encuentran en lugares frecuentados por el hombre, como Ollantaytambo y Ppísacc. La naturaleza menos destructora y más pródiga en cuidados ha guardado y conservado mejor los monumentos encomendados a su sola custodia, que el hombre, cuya mano parece empeñada en borrar la huella de los siglos. Sólo los arbustos y las raíces de los

árboles han desmoronado algunas piedras de los muros y han hecho perder la delicada ensambladura de los sillares. Como muy pocos pueden ascender a esos lugares, y es imposible la traslación de las piedras hasta las fincas o poblaciones próximas, la mano del hombre ha quedado y queda cohibida de arrancar y destruir las paredes para utilizar esos elementos históricos en edificios y fabricación de casas, ni aplicar la dinamita destructora a los monolitos para obtener piedras de las formas y de las dimensiones deseadas, como descaradamente ocurren en Ollantaytambo y Ppísacc, desde las casas de reciente formación ostentan esos hermosos sillares de los monumentos que existen en sus cercanías y a inmediato alcance del hombre.

Sería conveniente que las autoridades respectivas hicieran destrozarse y limpiar anualmente, por lo menos, ese bosque que en un momento cubre con su follaje toda su existencia y duración.

Lo que desde el primer momento llama la atención en Machupiccho es la absoluta carencia de agua; pero a poco se escudriñe algo se ve que por la parte izquierda del río y por toda la pendiente del cerro que colinda con aquél existe una acequia antigua obstruida como todas casi las de su clase, acequia que recorre una gran extensión y por donde seguramente corría ese precioso elemento de vida para los usos de los habitantes de esa población antigua.

Siguiendo casi la misma dirección de la acequia se ven también las huellas del antiguo camino que conducía de las regiones de Ollantaytambo a Machupiccho; atravesando las peñas y los riscos por pendientes muy peligrosas. Según noticias de las personas que conocen ese camino, puede todavía hoy utilizarse mediante obras de reparación que no serían difíciles de ejecutar, por lo menos para el viaje de peatones.

Es indudable, pues, que Machupiccho fue una población de gran importancia, fue una ciudad cuya influencia en la vida de las

poblaciones de la hoya del Vilcanota la pregonan esos formidables restos de palacios, esos numerosos Intihuatanas que en otro tiempo fueron siempre lugares de cita y romería para las tribus creyentes, esos torreones que a manera de otros castillos de la feudalidad medioeval, se levantan como protegiendo la augusta severidad de los edificios; esos canales y acequias por donde corrían las aguas purificadoras de la libación sagrada y la sangre caliente de las víctimas del sacrificio.

Pero ¿por qué calla la Historia Colonial, por qué calla la tradición, por qué callan todas las fuentes sobre la existencia, no digo de Machupiccho, sino de otros lugares por los cuales anduvo la civilización con su corte de monumentos y su tormento de luchas?

Ollantaytambo, en la misma hoya, fue el último, donde Ollantay sostuvo su posición rebelde y donde seguramente existían esos restos que hoy admiramos y estudiamos y que por otra parte, son casi idénticos, salvos, algunos detalles, a los de Torontoy y Machupiccho. Las huestes derrotadas por los españoles, cuando las fuerzas vencedoras de Pizarro llegaron hasta el Cuzco, huyeron por las riberas del Vilcanota y las que pudieron escapar de la matanza, fueron a perderse en la oscura soledad de las selvas que por tales e impenetrables considerábase desde Torontoy.

Los Incas descendientes de Manco Cápac no tuvieron pues conocimiento de Machupiccho, porque a haberlos tenido habrían hecho desde esa esplendida fortaleza una resistencia de titanes contra cualquier ejército enemigo.

Además, la tradición transmitida por los primeros conquistadores habría guardado la noticia de la existencia de

esa ciudad y de otras vecinas, y de este modo habríamos conocido y estudiado estos por hoy nuevos e ignorados lugares históricos.

Explotando por toda la región montañosa hasta la parte ocupada por las actuales tribus salvajes, se encuentran dentro de aquella región vestigios de construcción que atestiguan que hubo un tiempo en que formaron parte de un pueblo grande, próspero y conquistador y que algún cataclismo geológico o social, como una invasión de otras razas, fraccionó, quebrantó y ahogó la unidad de ese pueblo junto con su independencia y vida. ¿Este fue el Imperio Incaico con su numerosísima escala de reyes, generaciones que nos pinta Montesinos?

Pero sabemos que las tribus que no querían someterse a la autoridad de los Incas huían hacia la región montañosa, siendo la principal la del Amarumayo, y no hallamos siquiera vagas noticias de que Machupiccho y Huaynapiccho, se mencionasen como lugares comprendidos en los dominios de los Hijos del Sol.

Parece, pues, que poco a poco, pueblos de raza quechua, habitadoras de aquellas zonas, fueron abandonando sus residencias y emigraron en un movimiento de salida hacia el Cuzco y hacia las orillas del Apurímac, acosados ya por las irrupciones de las tribus salvajes, ya por las dificultades de la vida creadas por la Naturaleza, etc., etc. y esto debió ocurrir muchos siglos antes de la fundación del Imperio de Manco, tal vez durante el predominio de los Aimaros chancas.

La primitiva civilización quechua restaurada ya en una época muy moderna por Manco Cápac, según se va probando hoy, tuvo por lado, de la

extensión y una excelencia a que no alcanzó el Imperio de los Hijos del Sol. El Imperio seguramente abarcó casi toda la región montañosa donde tal vez tuvo su sede principal.

Machupiccho y los restos de los lugares próximos pueden ser, pues, la obra de esa primera civilización quechua, y su memoria se perdió por la violencia de la súbita invasión de los Aimaras que procuraron llevar hacia Titicaca todas las poblaciones quechuas que vivían en esas apartadas regiones.

Cuzco, 1912.